

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



LA ELOCUCENCIA

Entre escuchar los versos del poeta,
entre mirar al lienzo transportada
por el pintor, la imagen adorada
que arrebató el pincel á la paleta;
entre sentir la inspiración secreta
que deja al mármol el cincel grabada,
y percibir la nota delicada
que á ley divina el músico sujeta,
avara el alma de mayor tesoro,
de la elocuencia en el raudal sonoro
yo prefiero bañar mi fantasía;
pues á medida que el progreso labra,
es, del arte compendio, la palabra,
trova, pincel, buril y melodía.

SALVADOR RUEDA.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID....	Un mes.....	1 pesetas.
	» trimestre.....	2,50 »
	» año.....	10 »

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS.	Un trimestre.....	3 pesetas
	» semestre.....	6 »
	» año.....	12 »
EXTRANJERO...	» año.....	15 »

NUESTRA PEQUEÑEZ

¡Qué dolor! Vais á ver las fábricas del Estado: en todas se hace uso de máquinas extranjeras. Vais á ver las armas de nuestros soldados: en su mayor parte son extranjeras. Vais á ver nuestros buques de guerra: aun los contruidos en España se componen casi en su totalidad de materiales extranjeros.

Costosa es en todas las naciones la guerra: aquí más que en nación alguna. Cada cosa que construimos ó fabricamos lleva consigo una extracción de oro; en las demás naciones no produce sino un trasiego de oro de unos á otros compatriotas. Sale el dinero de los bolsillos de los contribuyentes y va al Tesoro; del Tesoro baja á los trabajadores. El oro no pasa la frontera.

¿De qué nace esto? De nuestro atraso científico é industrial y de nuestra falta de inventiva. Aquí la industria está reducida á corto número de ciudades, y apenas puede resistir la competencia de la de otras naciones. Aquí nada se inventa que lleve á la Humanidad ni á ninguna de las artes por nuevos rumbos. Los inventos son aquí insignificantes: de cuarto ó quinto orden.

Y esto, ¿de qué nace? De nuestro menguado sistema de enseñanza. Se quiere todavía que el alumno jure sobre la palabra del maestro, lejos de pensar en estimularle á que piense por sí y hable en la cátedra antes que su catedrático. Niños aún, se nos somete á una autoridad absoluta, el dogma. No importa que os parezca absurdo, se nos dice: debéis admitirlo y confesarlo, so pena de atraeros la cólera de Dios y cerraros las puertas del cielo.

Se nos sujeta así al principio de autoridad y se nos castra el entendimiento. ¿Cómo hemos de tener poderosas iniciativas? ¿Cómo hemos de ser inventores ni salir de las huellas que dejaron impresos nuestros tarabuelos en el camino de la vida?

Hemos de marchar, aunque no queramos, á la cola de los demás pueblos, y darnos por muy contentos con seguirlos é imitarlos. ¿No lo recordáis? Estábamos aún construyendo telégrafos ópticos cuando cruzaban ya los alambres eléctricos el territorio de las demás naciones; íbamos aún en diligencia, cuando el carro de vapor recorría en Inglaterra y Francia los anchos valles y los abiertos montes. Alumbraba el gas las ciudades europeas cuando no nos atrevíamos aún á dejar el aceite por el petróleo.

Sería hora ya de que cambiáramos de vida; mas ¿cómo hemos de cambiar, si no nos dirige sino gente cobarde, apegada á la tradición, inhábil para toda radical reforma? ¿No veis sus proyectos? Todos son tímidos y contradictorios; todos acaban por destruir en sus últimos artículos lo que en el primero consignaron. Gracias que no lleven la contradicción aun en el primer artículo.

Se habla de crisis, de una crisis parcial, de una crisis mínima; aun en esto revelan nuestros ministros la poquedad de sus almas y el desconocimiento de la situación del reino. No basta ni aun la crisis total del ministerio: se hace preciso y urgente la de las instituciones. No pueden dar de sí más de lo que dieron.

[F. PÍ Y MARGALL.

ARRASTRANDO...

Llegamos al último año del siglo arrastrando los pigajos de nuestras miserias políticas.

Para ser sinceros, nos cumple á todos los españoles confesar que no se ha trabajado individual ni colectivamente lo necesario para mover á la conciencia pública con impulso incontrastable hacia el radicalísimo cambio de ideas y costumbres que nos está haciendo falta.

Entramos en el nuevo año tan rebajados de cuerpo como de espíritu.

¿Por qué vivimos y nos movemos en esta atmósfera de muerte sin protestar, de obra, contra ella?

No vamos á pedir al sociólogo ni al filósofo la contestación. Soluciones para estos problemas deben tenerlas todos los hombres de buen sentido. Más amor á nosotros mismos, y el concepto de la dignidad personal, tan por los suelos, buscará su nivel. Más amor al trabajo, y el valor ético de nuestras costumbres ascenderá á su altura.

Más amor al estudio, y la idea de la patria, en su concepción más alta, humana y productiva, será una verdad práctica que acabará con la compasión y el desprecio de que somos objeto.

Más amor al pensamiento, luz del cerebro y fuego del corazón, para que, en alas de la espontaneidad no limitada por los convencionalismos de la rutina, fundamos en la propaganda incesante y en la consecuencia honrada las iniciativas hermosas que todo lo alienan y todo lo revivan y todo lo fecunden.

Pido que no se haga caso á los que dicen que somos un pueblo de niños, de cándidos. ¡Mentira grande! Somos un pueblo de pillos. Y porque lo somos, hay en nosotros la mala levadura de los países decrepitos. ¡Ojalá fuésemos un pueblo niño! Porque entonces de otra suerte amaríamos las ideas y los hombres.

Y no serían el escepticismo, la granjería y la prostitución, las damas á las cuales rindieran culto los políticos, los literatos y los religiosos.

Lectores: si hemos arrastrado bastante nuestras vergüenzas, recojámosnos para ganar honra luchando... luchando... luchando...

DIÁLOGOS

—¿Qué te han dejado los reyes?

—Nada, señor.

—¡Bien está!

Pero no llores, muchacho.

—¿Y cómo no he de llorar

si sé que al niño de enfrente,

que es hijo de un general,

le han dejado una escopeta,

un sable, un ros, y además,

le han dejado varias cajas

de turrón y mazapán?

—¿Qué es tu padre?

—Jornalero;

pero ha sido militar

y ha estado en la guerra...

—Toma.

—¿Y qué es lo que usted me da?

—Te doy esas dos pesetas

para que puedas comprar

lo que quieras.

—Muchas gracias.

Voy corriendo...

—¿A dónde vas?

¿A gastar ese dinero

en algún juguete?

—¡Cál!

¡Para juguetes estamos,

no habiendo en mi casa pan!

**

—Por tu carita de rosa

y por la gracia que tienes,

eres la mujer del siglo...

—¿Del diez y nueve ó del veinte?

**

—¿En qué siglo estamos?

¿En el diez y nueve,

ó estamos viviendo

en el siglo veinte?

Vamos, ¿tú qué opinas?

Dilo francamente.

—Que es tal nuestro atraso,

que á mí me parece

que estamos viviendo

en el siglo siete.

VICENTE RUBIO.

Feroces.

No sólo es sanguinaria la retórica de Silvela; lo es también el espíritu nacional. Más que otra alguna, nuestra historia está escrita con sangre. La santa tradición es sangrienta. En ella se ha formado nuestro carácter. Aquí se saca las tripas á cualquier cristiano por un quitame allá esas pajas. Los delitos de sangre no deshonran. La opinión y aun el jurado son con ellos benignos. La paz es tan mortífera como la discordia. El término medio de la vida es inferior al de cualquier país civilizado. Nos morimos de desidia y de abandono. Hace poco se dijo en las Cortes que la mortalidad es en el ejército español seis veces mayor que en otros ejércitos de Europa. Nuestras prisiones son verdaderas antesalas del sepulcro. La higiene no interesa á nadie. La vida se tiene en muy poco.

Aparte la barbarie, no hay duda que nuestra educación mística ha debido influir poderosamente en esta desestima de la existencia terrenal. No en balde se está repitiendo á un pueblo durante muchos siglos que el mundo es un valle de lágrimas, lugar de destierro, cárcel del alma, y la vida presente mera preparación para la eterna. En esta religión de la muerte se ha formado nuestro espíritu. La religión de la vida no ha llegado aquí. Por cerrar las puertas á la herejía las cerramos al renacimiento, aquel despertar de la pesadilla medieval, aquel resurgir del culto eterno de la Naturaleza y de la realidad. Los niños que se mueren en la inclusa de Madrid son grandes culpables, puesto que han perpetrado el delito de nacer. Expián, muriendo, el pecado original. ¿No son, además, los engendros del vicio y del libertinaje? Nuestra cristiana legislación ha sido siempre dura para con esos frutos de uniones ilícitas. Más de cuatro almas pías sentirán aliviada su conciencia en virtud de esta consideración, del peso del gran crimen colectivo. «Dejad que los niños se acerquen á mí», decía el maestro. Los cristianos de por acá no sólo dejan que los niños se acerquen al Cristo, sino que se los envían. Así interpretan ellos las palabras del evangelio. «Ángelitos al cielo», como suele decirse para consolar á las madres de la pérdida de sus pequeños.

LA REGENERACIÓN

Solar del pundonor: de valor río:
columna y valladar de las naciones,
el mundo, al tremolar de tus pendones,
se espanta de tu noble poderío.

Con Cartago y con Roma, el hado impío
te hizo luchar, por armas tus peñones;
del árabe las bárbaras legiones,
flotaron, cual aristas, á tu brío.

Venciste sin cesar, y hoy apenas
riegas con llanto de dolor profundo
tu corona gloriosa y venerada.

¡Patria! Levanta tu esplendor fecundo,
no te destruyas con tu propia espada;
Vencete á ti, como venciste al mundo.

INSURRECTOS Y YANQUIS

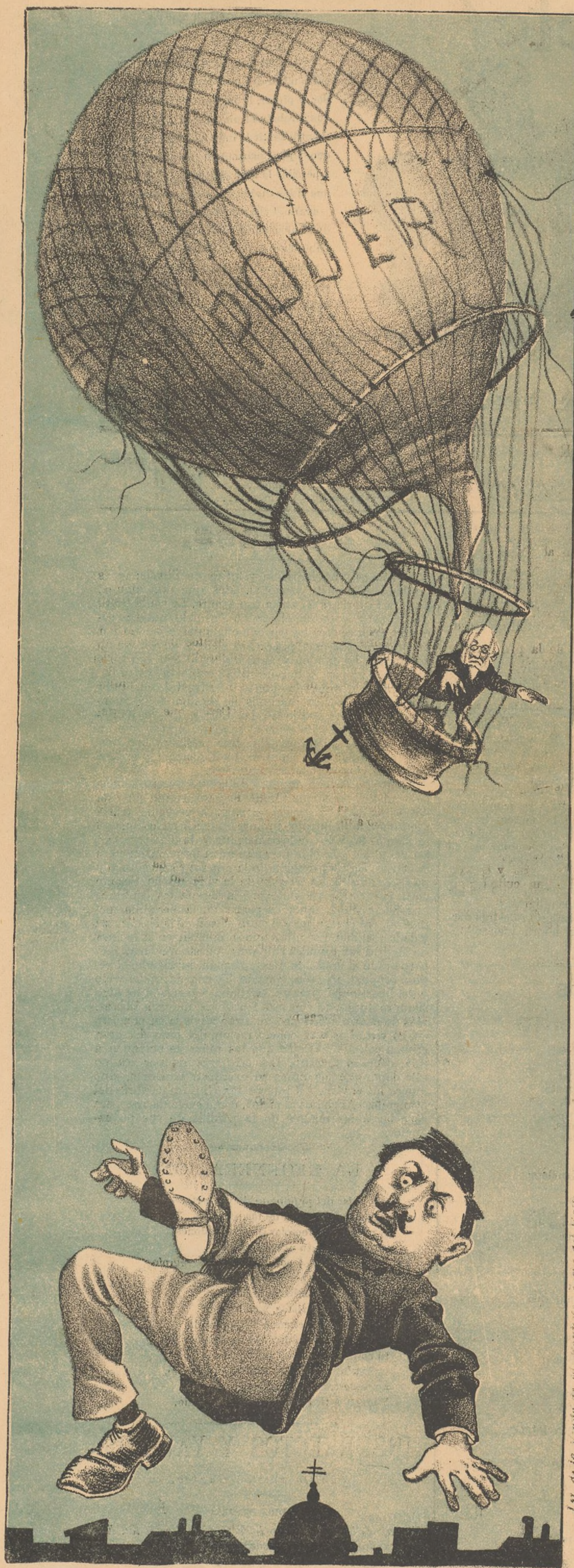
Pasillo cómico-trágico.

CUADRO PRIMERO

(Paisaje en la costa. En primer término el cabecilla. Está mirando hacia el mar. Rodante todos los de la partida. En la lejanía barcos americanos que se acercan.)

El cabecilla.—¡Ahí están! ¡Vienen para combatir á nuestro lado! ¡Almas generosas y humanitarias! ¡Ángel

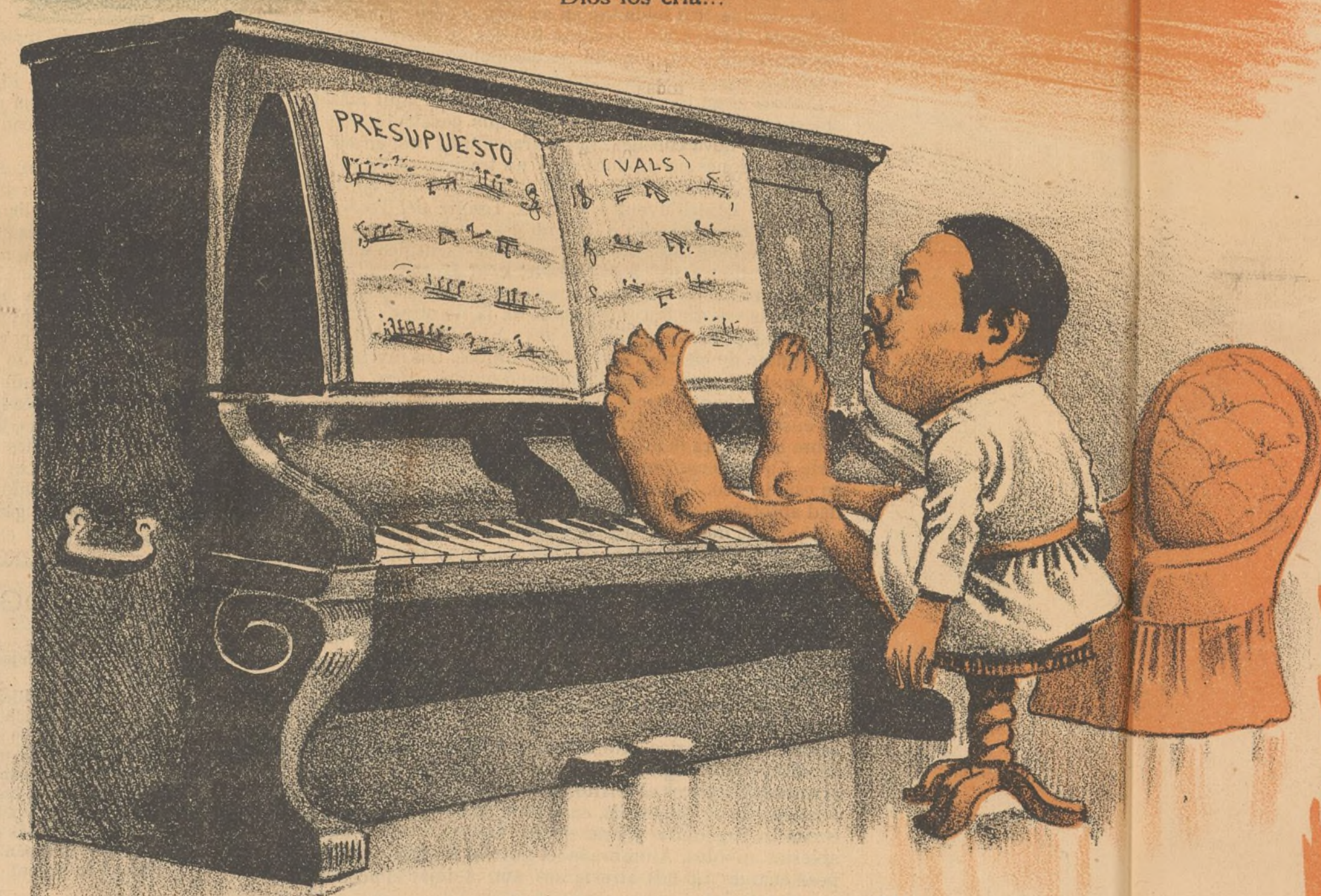
DON QUIJOTE



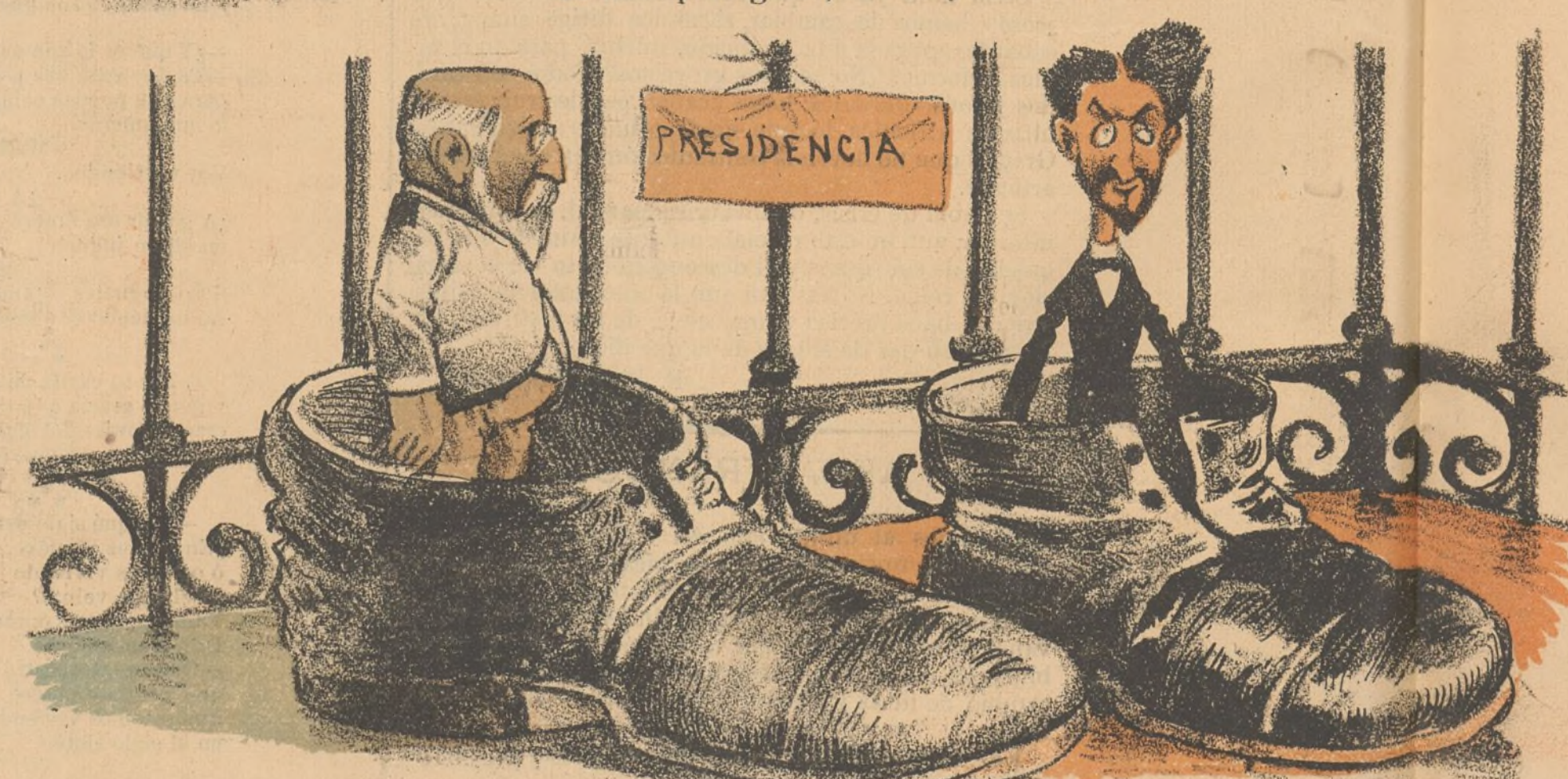
Concluirá por arrojar el lastre.



Dios los crfa...



El niño prodigioso, ó les enfants terribles.



Lo que le han dejado los Reyes Magos á Silvela.



¡Siempre me toca bailar con la más fea!



Compré usted el almanaque de DON QUIJOTE para 1900.



El que gozará al fin y al cabo de los próximos presupuestos.

en inglés es *yankee*! ¡Cuba será libre, porque los Estados Unidos quieren nuestra independencia! ¡Armas, municiones, viveres, vestidos; cuanto necesitamos nos lo dieron en estos tres años! Y ahora ellos mismos lucharán contra España y en favor nuestro! Sus barcos de guerra, sus soldados, sus generales, sus marinos, sus millones, todo lo ponen a nuestra disposición por amor al arte de libertar pueblos. ¡Ya veréis! ¡ya veréis! ¡Van a desembarcar en esta playa! ¡Están echando los botes al agua! ¡Cuánta tropa! ¡Aquel que viene de los primeros debe ser el jefe de la expedición! ¡Se pondrá a mis órdenes! ¡Preparémonos para recibirle!

CUADRO SEGUNDO

(Desembarco de la expedición. El general americano salta a tierra.)
El cabecilla (adelantándose y tendiéndole la mano).— ¡Vivan nuestros salvadores! ¡Vivan los Estados Unidos! El general y todos sus soldados.— ¡Hurrah!
El cabecilla.— ¡Viva Cuba libre! ¡Muera España! El General.— ¡Silencio en las filas! (Dirigiéndose al cabecilla.) ¡A formar!
El general.— ¡A las filas he dicho!
El cabecilla.— ¡Soy brigadier!
El cabecilla.— Soy tan general como us... (Suena el ruido de una bofetada. El cabecilla echa mano al machete. En el mismo momento recibe un vigoroso puntapié.)
El general.— Elija usted entre la obediencia ó ser pasado por las armas.
(Todos forman. Un sargento yanqui se acerca al abanderado insurrecto.)
Sargento.— ¡Venga ese pingajo!
Abanderado.— ¡Es la bandera de Cuba libre! (El sargento se la arranca de las manos, la desgarrar, la tira al suelo y la pisotea.)
Un coronel.— ¡De frente! ¡Marchen!

CUADRO TERCERO

En marcha.

(Los insurrectos van a la vanguardia, mandados por oficiales yanquis. El cabecilla ostenta un flemón en el carrillo.)
Un insurrecto, al pasar por un bohío, ve una cuantas gallinas que están en el campo picoteando, con gentil desenvoltura; echa a correr en persecución de la más gorda, la coje y le retuerce el pescuezo. Vuelve luego y se encuentra con dos números que le amarran codo con codo y le llevan a presencia del jefe de la columna.
Jefe.— ¿Qué ha hecho este pillastre?
Soldado 1.º (enseñando la gallina).— Ha robado.
Jefe.— ¡A ver! ¡cuatro soldados! ¡un cabo! ¡dos pasos al frente! ¡Apuñen! ¡Fuego!
(El insurrecto cae fusilado, sin tener tiempo de decir ¡Jesús me valga!)

CUADRO CUARTO

En Santiago de Cuba.

(Después de la capitulación.)

El cabecilla (muy humilde).— Mi general, hemos vencido. Los míos eran trescientos; acabo de contarlos. Quedan veintisiete; hemos servido a ustedes hasta de trinchera. Los que no han muerto en los combates fueron fusilados por merodeadores, por indisciplina y... hasta por capricho. Pero, al fin, Santiago de Cuba es nuestra.
El general.— Es mía. Retírese usted.
El cabecilla.— Bueno. Pero ya que van ustedes a ser los que den los destinos, nosotros, los veintisiete, quisieramos nuestra parte. Una credencial por barba. Vistas de Aduanas.
El general.— Ni vistas ni oídas. Váyase nomarala, ¡sin vergüenza!
El cabecilla.— ¡Mi general! ¡He sido brigadier! (Se repite el bofetón en el otro carrillo.)
El general.— ¡Salga inmediatamente!
El cabecilla (llorando).— Pero, ¿dónde voy? ¿dónde nos alojamos?
El general.— ¡Fuera de aquí! ¡Lejos de nosotros! ¡Santiago de Cuba es mía! ¡Fuera de la ciudad! ¡A campo raso!
El cabecilla.— ¡Así se pagan nuestros servicios! ¡Qué infamia!
(El general ciego de ira, saca el revólver, apunta y hace fuego.) ¡Raza inferior! ¡Toma!
El cabecilla.— (Llevándose ambas manos al pecho donde ha recibido el balazo.) ¡Viva... España! (Muere.)
El apuntador.— ¡A buena hora!

(Rígurosamente histórico.)

FILANTROPÍA

Al salir de la iglesia dos beatas, paráronse en el atrio; yo salía también del santo templo, y estas palabras hasta mí llegaron:— ¡Tan joven y morirse, pobrecita, da lástima pensarlo!
— ¡Es verdad, qué desgracia! — la otra dijo: ¡Ay... que allá nos espere muchos años! No quise escuchar más, sentí en el alma una impresión de repugnancia y asco. ¡Aquellas torpes frases de egoísmo en mi mente zumbaron, cual si fuera el más vil y el más sangriento de todos los sarcasmos!

TOMÁS GUTIÉRREZ PERRÍN.

LA MUJER DEL AUTOR

Acababa de terminar el segundo acto de la obra, y el público, aburrido y nervioso, se dirigía al *foyer* a desahogar su mal humor.

No había discusiones; en todos los grupos se trataba sin piedad al pobre autor que, muerto de miedo, recorría el saloncillo de la dirección, interrogando febrilmente a sus amigos.

— La verdad, ¿cómo recibe el público mi obra?

Todos se excusaban de contestarle.

— Hasta ahora, ni bien ni mal... La gente está algo fría, algo reservada... Ya veremos si cambia en este último acto...

El poeta insistía, temblando de emoción.

— Pero ¿cómo se me trata? ¿Es que no se me discute siquiera?

— El público espera a que termine la obra para dar su opinión... Eso sí, está arma al brazo. Pero ¡qué diablo! no hay que desanimarse. Todavía no puedes dar por perdida la batalla.

Y le estrechaban cariñosamente la mano, no sabíamos si para animarle ó dándole por anticipado el pésame.

— ¡Valor!

**

No, no parecía muy interesada en el éxito de la obra. Asomada a su palco, alegre, sonriente, sin apenas prestar atención a las palabras que la dirigían, es-crudiñaba todo el teatro con sus pequeños gemelos de nácar.

— Ha venido muy buena gente... mi marido no podrá quejarse.

El telón se alzó pausada y solemnemente. Comenzaba el tercer acto, el último de la obra. Se hizo en seguida el silencio, y el público se dispuso a oír.

La mujer del autor charlaba mientras tanto con su acompañante, sin preocuparse de lo que pasaba en escena.

— Me gustan mucho los estrenos... Mi marido no quería que viniese. «Mira, si la obra fracasa—y puede fracasar—pasarías un mal rato.» Pero yo insistí tanto y tanto, que logré convencerle. ¡Y he venido sólo por ti, creeme, por vertel... No, ya sé que mi conducta es infame, que no merezco perdón de Dios. Pero yo no soy, no debo ser responsable del amor que te tengo... ¡Si tú supieras los esfuerzos que he hecho por olvidarte... Pero siempre resulto vencida en esta lucha de mis sentimientos. Si, yo tengo la voluntad de amar a mi marido, y, sin embargo, sólo puedo amarte a ti... ¡Mira si soy desgraciada, si soy digna de compasión!

Se habían retirado al fondo del palco, sin preocuparse ni poco ni mucho de la representación.

— ¡Oh, vida mía! — Y la besaba las manos, no encontrando palabras con que expresar sus sentimientos.

**

El público, aburrido, comenzaba otra vez a impacientarse. Ya nadie se fijaba en la escena. En los palcos se hablaba en voz alta y se reía a carcajadas.

De pronto se oyó una voz que decía:

— ¡Esto es de una inmoralidad repugnante!

Entonces se inició el desfile. Las señoras, corridas de vergüenza, se atropellaban unas a otras para salir cuanto antes de la sala.

Un crítico de profesión, puesto en pie y rodeado de sus amigos, juzgaba la obra á gritos, nervioso de indignación.

— ¡Insoportable, sí, digo insoportable! El público no puede honradamente transigir con ciertas inmoralidades. No, no es posible traer al teatro asuntos tan escabrosos. Ya lo ven ustedes; la gente se va para no oír la obra. Declaro que hay muchas mujeres que engañan a sus maridos. Pero el público, y hace bien, no se resigna a ver en escena el espectáculo del adulterio. El teatro debe ser escuela de moral y no de malas costumbres. Si, insisto en que esta obra no es digna de que la vean nuestras hijas...

**

Cuando cayó el telón, el teatro se hallaba casi vacío. No hubo aplausos ni protestas. El silencio frío de los grandes fracasos.

Y allá, ocultos en el fondo del palco, la mujer del autor y su amante, indiferentes ante la catástrofe, con las manos cogidas, tartamudeaban estremecidos las frases eternas del eterno amor.

MIGUEL SAWA.

LANZADAS

Los fusionistas están satisfechísimos.
¡Como que á don Práxedes le ha tocado el haba en el pastel del día de Reyes!
Y lo que ellos dicen:

— Habiéndola sacado el jefe, es seguro que seremos poder en seguida.

Algunos periódicos se extrañan de que el señor Catalina haya roto su silencio de toda la vida y se haya decidido á hablar en el Congreso.

— Pues no vemos el por qué de esa extrañeza! Porque ya en la Biblia se habla de algún Catalina que, por milagro de Dios, poseyó en momentos supremos el don de la palabra.

Entré Maura y Gamazo:

— Antonio, te prohibo hablar mientras esté yo en el Congreso.

Maura, aparte, como en las comedias:

— (Entonces tendré que esperar á que te rompas otra vez algunas de tus extremidades.)

El señor Villaverde ha vuelto á presentar la dimisión.

Y la ha vuelto á retirar.

Porque eso sí; don Raimundo es hombre de carácter; pero no se resigna á quedarse sin la credencial.

¡Tararí! ¡Tararí!

Ha sido apresada en Vergara una partida carlista compuesta de diez hombres.

¡Cielos! ¡Diez hombres!

¡Todo el partido carlista sublevado!

El señor Liniers ha hecho sus primeros pinitos oratorios en el Congreso.

Y ha obtenido un éxito extraordinario, como era de esperar.

No en balde dijo de él Cánovas:

— Es un Demóstenes; sólo que tiene la prudencia de no hablar.

El que no dice ni oste ni moste es el marqués de Pidal.

Pero también por prudencia.

Y porque se lo tiene prohibido Catalina.

El señor Cobián ha pronunciado un hermoso discurso combatiendo el presupuesto de Marina.

Pero el Gobierno, erre que erre en que se ha de aprobar la obra del señor Gómez (suple) Imaz.

Porque es lo que dicen los ministeriales:

— ¿Qué importa á la nación unos millones más ó menos? ¡El caso es regenerarnos!

De Mamerto, en *La Correspondencia Militar*:

«Ayer mató el tren á un infeliz obrero que quiso venir á Madrid sin pagar billete.

Vuelvo á decirlo: cada tren debería llevar un coche de segunda para los que no pueden costearse el viaje.»

Pues entonces ya sabemos cómo iba á viajar siempre Gamazo.

En especial de segunda.

El *Nuevo Mundo* ha comenzado á publicar una novela titulada *Sin dinero*.

¡Tristeza da pensar que cualquiera de nosotros—señalando á derecha é izquierda—pudiera ser protagonista de esa novela!

Preguntas que pudieran figurar en el *Averiguador Universal de El Liberal*:

¿Dónde se ha metido el señor Silvela la daga florentina?

¿Por qué llaman «conspicuo» al señor Barzanallana?

¿Qué me cuenta usted de la credencial de Villaverde?

¿Se ha roto el pacto del Pardo, á qué?

¿Cuál es el origen de la palabra *botarata*?

¿Cómo es que habla Catalina?

¿Es usted capaz de decirme cuántos pelos tiene en la cabeza el señor Dato?

La batalla de los Ciento ¿se debió perder?

Etcétera, etcétera.

En los llamados círculos políticos no se habla de otra cosa sino de la reunión de las Cámaras de Comercio en Valladolid.

El Gobierno está verdaderamente preocupado con la tal reunión.

Y parece que Silvela repite sin cesar á Dato: — Vea usted por dónde viene la muerte.

Almanaque de DON QUIJOTE PARA 1900

Se ha puesto ya á la venta... y está á punto de agotarse la edición.

Publica artículos y poesías de los notables escritores Rubén Darío, Almendros, Palacio (Manuel del), Barrantes, Medina (Vicente), Rueda, Ayala, Ferrán, Balart, Campoamor, Dicenta, Palomero, Gómez Carrillo, Zahonero, Catilo Mendez, Pardo Bazán, Martínez Sierra, S. wa (Miguel), etc., etc.

De la parte artística se han encargado los notables dibujantes Rojas, Leal da Cámara, Solar de Alba, Poveda y otros.

Además, y en hermosos fotograbados, se publican los retratos de Castelar en 1858, en 1875, en 1886 y en 1890, y los del maestro Bretón, Gómez Carrillo, Riquelme y L. Mariani, y caricaturas de los generales Weyler y Polavieja, Padre Sanz, Leal da Cámara, etc., etc.

Precio: 50 céntimos.

Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE: 40 céntimos.

Imprenta de A. Marzo, Pozas, 12.